

CAUDAL Ó CAPITAL.

(MEDIOS Y OBLIGACION DE ADQUIRIRLO.)

DISCURSO DIRIGIDO PRINCIPALMENTE Á LA JUVENTUD.

Facite vobis thesaurum.
Haced un tesoro.

(Luc. xii, 33.)

Hoy, hermanos míos, me he propuesto explicar un gran principio de vida; pues el primer destino del hombre es vivir. Asunto es éste que interesa á todos; pero que se refiere especialmente á los jóvenes, á quienes me dirijo hoy en particular. Acaso os parecerá esto una tarea por demás sencilla, para lo cual os basta seguir haciendo lo propio que hasta ahora. Pues, qué; ¿creéis, tal vez, que la vida, no considerándola exclusivamente con respecto á este mundo, sino tomándola en su acepción más lata y general, se reduce á levantarse por la mañana, disponer el trabajo que ha de hacerse durante el día, comer y descansar, y alternar las ocupaciones graves con las distracciones? ¿creéis, que estamos destinados á un fin tan pobre como éste? La vida es una difícil tarea que se nos ha impuesto; difícil, digo, y os convencerá la experiencia propia, la experiencia de los que han empezado á conocer en su juventud la necesidad de crearse una posición, más ó menos humilde, y de constituirse en una ú otra de las clases de la sociedad. Ved aquí porque en nuestro siglo, que descuellan por la actividad con que se afanan todos en adquirir capitales y recursos propios, conviene que la juventud, destinada á reemplazarnos, sepa acomodar su actividad á los preceptos de la doctrina cristiana y de la Sagrada Escritura, en la cual nos previene Jesucristo, que procuremos adquirir un tesoro: *Facite vobis thesaurum.*

La palabra *tesoro* debemos considerarla como una imagen, que representa varios conceptos: lo que el Evangelio llama un *tesoro*,

palabra que se usa con bastante frecuencia en la Sagrada Escritura, y particularmente en el nuevo testamento, traducido á nuestra moderna habla, significa lo que entendemos por caudal. Así cuando Jesucristo nos dice: *Facite vobis thesaurum*, quiere decir: procurad reunir un caudal. Un tesoro es una colección de preciosidades, que se han recogido cuidadosamente; pero el caudal significa otra idea más concreta, sin que por esto deje de ser profunda. La palabra caudal es sinónima de otra, la de *capital*, formada de la voz latina *caput*, que significa cabeza: así, pues, el capital ha de ser un principio de vida, principio que lo dirige todo, lo combina todo, lo arregla todo, y hace que todo desaparezca, cuando desaparece este principio. Vamos, pues, á examinar á la luz de la doctrina del Evangelio la gran ley del capital, que es la ley de la vida, ley que se limita á este único artículo: *Facite vobis thesaurum.*

Pero, veamos, ante todo, que debe entenderse por la palabra caudal. El caudal es una parte de la vida, ajena á nuestra naturaleza; pero que se transforma, dejando que la sometamos, en cierto modo, á identificarse con nosotros mismos. El caudal es un principio de vida, ajeno á nuestra naturaleza, si bien lo sometemos á nosotros mismos, lo convertimos en propio y personal; de suerte, que las palabras de Jesucristo: *Facite vobis thesaurum*, debemos entenderlas en este sentido: Tomad todo lo posible de la vida exterior, para agregarlo á la interior. Ved aquí precisamente, lo que en mayor ó menor grado hacéis todos los días, sin apercibiros de ello, según os permiten respectivamente vuestra posición y vuestra capacidad. Esta tarea, de la cual depende nuestra existencia, será precisamente el objeto de este discurso, en el cual voy á demostraros, que el caudal es el principio que lo regula todo; y, al propio tiempo, pondré á vuestro alcance esta verdad, explicando los medios de adquirir, de colocar y de conservar este caudal.

Dispensadme, hermanos, que haya dado semejante interpretación á las palabras de Jesucristo, quien se sirvió de la frase *Facite vobis thesaurum*, para explicarnos la conducta que debemos observar en este punto. Las vicisitudes de los tiempos y el carácter de las variables circunstancias de las sociedades humanas exigen, que se dé á las ideas una forma acomodada á la comprensión vulgar y aplicable á nuestras costumbres, para dirigir las por el buen camino. Ved aquí, pues, el objeto que me he propuesto explicaros, si me favorecen los auxilios de la divina gracia. Implorémoslos por la intercesión de la Virgen. A. M.

1. Al nacer, no traemos á este mundo caudal ni tesoro alguno; desnudos venimos á este mundo. El hombre, al nacer, trae un gérmen de vida, que son sus facultades; pero, si estas facultades se dejasen paralizadas por un breve tiempo, el hombre dejaría de ser hombre. Es preciso, que en el mismo punto en que se le dá el movimiento interior y exterior, busque fuera de sí los elementos de vida; es preciso, que se apropie una vida que le es ajena, y que siga apropiándose desde el primero hasta el último día de su existencia.

El hombre, que no allega tesoros ó caudal, es, en nuestro concepto, un salvaje. El salvaje es un hombre que no tiene caudal alguno, ni material, ni intelectual, ni moral; no lo tiene material, porque carece de propiedad, anda errante por los bosques y á orillas de los rios, y se proporciona su sustento, abandonándose á las contingencias que la Providencia le depara, ó que pone en sus manos la naturaleza al hacer que caiga herido de una flecha un animal, que tal vez no ha buscado. No tiene caudal intelectual, porque admira el movimiento de los astros en el firmamento, sin examinar la ley que lo regula, ni las que rigen la tierra que le sustenta. No tiene caudal moral, pues está sobre la tierra, é ignora porque ha venido á ella; sabe, con cierta vaguedad, que hay un Sér supremo, porque la tradicion se lo ha dicho, y le adora y le venera, pero de un modo original é incompleto. En el salvaje no busqueis más que carne y sangre: mata cuando por necesidad ó por placer se siente incitado á matar; abusa de sus facultades, ó mejor, de su fuerza, contra sus enemigos vencidos; y aun puede decirse con mayor propiedad, que no tiene enemigos, pues la amistad y la enemistad es una idea moral, que para él no existe. Si encuentra algun obstáculo, lo arrolla; si le aqueja algun deseo frenético, lo satisface, sin imponerse límites, sin atender á que exista el bien ni el mal.

Pues bien; todos los jóvenes se encuentran en una edad, en que se trabaja por sacarlos de ese estado salvaje; puesto que, si nuestros padres no nos hubiesen cuidado desde la infancia, si nos hubiesen abandonado, suponiendo que de esta suerte hubiésemos podido vivir, si, en fin, la Iglesia no nos hubiese proporcionado en el bautismo el primer elemento de una vida superior, seríamos en realidad unos salvajes. Sin embargo, hay hombres de esta índole, que nos rodean y apremian á todas horas para seducirnos; y para convencerlos de esto, no teneis más que fijar la vista en la degenerada sociedad, donde abundan, por desgracia, los ejemplos de esta clase. El hombre se engrandece por la propiedad, por su caudal, por su familia; se engrandece al someterse á la tierra, de la que es el monarca, por virtud de

la creacion; y aun cuando el hombre no adquiriera más que la propiedad de un campo para abrir en él su tumba; aun cuando solo tenga la facultad de pisotear ese campo, que será su sepultura; el mero concepto de propietario basta para engrandecer al hombre. Y esta tendencia es general, puesto que, si bien algunos no aspiran á ser propietarios en vida, todos desean serlo en muerte, para disponer de algunos palmos de terreno en que depositar sus restos hasta el día del juicio universal.

El capital intelectual del hombre no se reduce exclusivamente á la propiedad territorial, sino que comprende el conocimiento de la tierra, el conocimiento de su propio cuerpo, el conocimiento del cielo y el de la misma sabiduría. Pues bien: es evidente que hay tambien una clase de propiedad, que constituye la dignidad del hombre. Explicaré esta idea. Para subordinar nuestra inteligencia al estudio de los astros, para examinar sus leyes y trazar en un papel las órbitas, que recorren en el movimiento admirable que les ha dado la sabiduría divina, es preciso, que la limitada inteligencia del hombre siga á la inteligencia infinita hasta conocer sus planes, y adquirir un conocimiento personal de los mismos; ved aquí, hermanos, la dignidad del hombre, que ve y examina las obras de Dios, como Dios las ve y examina; dignidad del hombre, que puede decir: Dios ha creado el mundo, y yo conozco las leyes por las cuales se rige. Esta ciencia hace al hombre, intelectualmente considerado, propietario de la tierra, del aire, de la luz, del mismo modo que es propietario de una parte material de la tierra.

Los conquistadores se disputan el terreno, pero la ciencia no tiene disputas con nadie; y cuando se ha descubierto la verdad, pertenece á dos, á tres, á mil; en una palabra, pertenece á todos por entero. Por esto, cuando poseamos á Dios, poseeremos lo infinito, y lo poseeremos por entero.

Por último, hermanos míos; el capital moral, que es la virtud, constituye la dignidad de nuestra alma. El hombre, que desde su nacimiento está sujeto á mil tentaciones, se abandona á los mayores excesos y á los instintos del orgullo, llega, sin embargo, por medio de la virtud, á ser casto y humilde; del egoismo pasa á la caridad; llega á imponer respeto al cuerpo, y á someterle al imperio del espíritu; y, en último resultado, logra subyugar sus sentidos, que constituyen su aguijon constante. Ser fuerte en medio de la debilidad, es la obra maestra de la virtud; la virtud es la fuerza en medio de la debilidad. Así pues, toda nuestra vida se reduce al caudal material, representado por la propiedad; al caudal intelectual, represen-

tado por la ciencia, y al caudal moral, representado por la virtud. Así como el individuo, en su cualidad de propietario, debe considerarse bajo estos tres aspectos, lo propio debe hacerse con respecto á las familias.

¿Qué es una familia? Un hombre, una mujer, un niño, los criados: estos son los individuos que constituyen la familia. El hombre es un sér libre, que, en cierto modo, y en mayor ó menor grado, es propietario; un sér, que no se sorprende de lo que pasa á su alrededor, porque lo ve; un sér, que ha reprimido sus pasiones, que se gobierna á sí propio, que gobierna su casa, que gobierna todo lo suyo; un sér, que abriga pensamientos nobles, grandes y generosos. La muger es más débil que el hombre, tiene ménos conocimientos, y se distingue, acaso, por rasgos ménos brillantes de virtud; pero, en cambio, está dotada de más gracias y dones, y se hace admirar por una virtud, tanto más grande, en cuanto constituye su verdadera grandeza en medio de la debilidad. El hijo de familia participa en sus tiernos años de las respectivas cualidades de sus padres; participa de las gracias de su madre, llora como ella; pero en su juventud, adquiere el vigor de su padre, y, siguiendo sus pasos, está destinado á sucederle. El criado, es acaso el sér que tiene ménos ciencia y propiedad, pero que reúne quizás mayor caudal de virtud, porque está obligado á obedecer, haciendo el sacrificio generoso de su propia voluntad ante el mandato del hombre, de la mujer ó del hijo, para que, reuniéndose algun día en la vida futura, puedan presentar á Dios el modelo de una familia. Ved aquí, pues, como en la familia encontramos también la propiedad, la ciencia y la virtud.

¿Quereis que os presente ahora el ejemplo de las naciones? Hay naciones indignas, que nunca han sabido defender su independéncia, que nunca han sabido proporcionarse una civilizaci6n regular; naciones esclavas, que atraen el desprecio de la historia, y son el oprobio del género humano. Naciones hay, que no por el fraude y la violencia, sino por el derecho de conquista, habian adquirido un territorio que no supieron, no digo conservar, pero ni aun proteger; naciones, que tenian una patria, que han cedido sin resistencia, ó que no han sabido defender hasta la muerte—en tanto, que á orillas del Atlántico, como dice un autor, un grupo de pescadores de arenques han defendido su territorio, invadido por las aguas, contra las principales potencias de Europa;—naciones hay, repito, que viven como extranjeras en su propio suelo; pues bien, todas esas naciones son indignas, porque no han cultivado el espíritu ni adquirido la práctica de la virtud. En otras naciones, empero, encontramos los tres grandes sínto-

mas de toda civilizaci6n, el caudal material, el intelectual, y el moral: el caudal material consiste en su propiedad nacional, defendida hasta el presente; el capital intelectual lo forman el foco de conocimientos que han ilustrado al hombre, difundiendo la verdad por todos los pueblos de la Europa; el capital moral consiste en la virtud, más que sea puramente humana, que comprende la ancianidad y la infancia. Los judíos, los griegos, y los romanós, estos tres grandes pueblos de la antigüedad, tuvieron en alto grado esos tres caudales, síntomas inequívocos de vida para las naciones.

Ved también lo que sucede con la religi6n. Si no tuviese un caudal moral, intelectual é histórico, no hubiera podido resistir á los ataques de la ciencia humana. La gran fuerza del catolicismo, consiste, precisamente, en que posee el mayor caudal histórico, material, intelectual y moral; prueba infalible de que es la verdadera religi6n. Así, pues, el caudal es el principio de toda dignidad y vigor en el individuo, en la familia, en los pueblos, y en las religi6nes, que se disputan el predominio en la opini6n. El caudal es el juez de todo, de los hombres y de las instituciones; y por esto cabe decir, que Jesucristo nos ha descubierto el secreto de la vida al decirnos: *Facite vobis thesauros*.

2. Examinemos, ahora, de qué modo puede adquirirse ese caudal. Es un hecho incontestable, que venimos á este mundo sin poseer caudal alguno, contando solo con un gérmen de vida intelectual y moral. ¿Cómo sucede, pues, que luego lo adquirimos? El primer medio para adquirir el caudal material es el fraude y la violencia, lo cual caracteriza el estado de barbárie. En el estado de salvajéz, ni los hombres, ni los pueblos se cuidan de adquirir propiedad alguna, pues consideran indigna de su independéncia la sujeci6n á un territorio determinado.

Algo más allá del estado salvaje, empieza la barbárie, que es un instinto por el cual conocemos las ventajas de poseer algo sobre la tierra. Como el hombre bárbaro solo tiene á su disposici6n los brazos, y como carece de toda idea de derecho, ó á lo ménos solamente lo conoce de un modo imperfecto, apela á la fuerza, y llama suyo lo que ha conquistado, y lo que se ha circunscrito con la punta de su espada. En semejante estado, el hombre desatiende el caudal intelectual y el moral; y reduce el caudal moral á la propiedad, conquistada con el fraude y la violencia. Al contrario, el hombre debe apelar á otros medios para civilizarse, para adquirir naturalmente y sin violencia ese caudal, con la aprobaci6n de Dios, y sin los remordimientos de la conciencia.

Sereis propietarios cuando hayais producido algo; entónces el caudal es legítimo, porque es una producción, una creación; porque es vuestro todo cuanto haceis. Ciertamente es, que no cabe en el hombre la facultad de crear; pero de sus manos, de su trabajo depende la producción: los campos no fueran un terreno productivo sin el trabajo del hombre. La tierra, de sí propia, solo produce, como dice la Sagrada Escritura, abrojos y espinas: por esto, si fuese posible paralizar ahora en todo el mundo el trabajo del hombre, se paralizaría casi por completo la producción.

Tal es, hermanos míos, la ley que se nos ha impuesto; es preciso que trabajemos. Nosotros comemos por instinto, y fijad la atención en este hecho que os cito, aunque os parezca sencillito. Si examináis la procedencia del pan, y lo que suda el hombre para ganarlo, nunca podreis comerlo sin estremeceros. El cristiano, que por tradición tiene un signo, del cual se sirve para conocer el valor de todas las cosas, antes de comer el pan, que le dá sustento, hace sobre sí la señal de la cruz; porque el pan está amasado con el sudor del hombre, con la sangre de un crecido número de vuestros hermanos. ¡Cuántos hombres gastan su vida en las fatigas del campo, y mueren sin dejar un pedazo de pan para sus hijos! Pero no hay medio; es preciso trabajar y sudar para proporcionarse el indispensable alimento del pan. Cuando en el día del juicio universal se compare el peso del pan que ha consumido el hombre sobre la tierra, y el de la sangre, de las lágrimas y de los sudores que habrá costado, el cielo y la tierra, los ángeles y los santos exclamarán asombrados: Grande, ¡oh Dios! has hecho al hombre, cuando por él han sido necesarios semejantes sacrificios. Pues bien; la idea que está envuelta en el pan, está envuelta en la sangre, en los sudores, en las penalidades, y en la virtud del hombre. Por consiguiente, el caudal material, intelectual y moral consiste en la virtud, y solo se adquiere á fuerza de trabajo.

Ved, aquí, hermanos, como todos los caudales se consiguen por medio de la virtud; de suerte, que cuando se piensa en un medio para ser pronto propietario sin ser virtuoso, sin que esa propiedad se pueda adquirir por medio del trabajo y de la virtud, sin que estemos convencidos de que la virtud es la que produce el caudal; cuando se concibe un medio de ser en breve propietario, ó se diga, que pueden crearse y aumentarse extraordinariamente los caudales por un medio, que no sea la asiduidad del trabajo y la virtud, entónces se incurre en un dislate, que no tiene calificación bastante expresiva en ninguna lengua. El que no asocie la idea de caudal á la de virtud, se engaña

á sí propio, é incurre en una aberración monstruosa, como quiera que el caudal no es sino la producción de la propiedad por la virtud.

Pero no basta, hermanos míos, la producción; es necesaria, también, la conservación; pues si el consumo es igual á los productos, será imposible reunir caudal alguno. El vicio es lo único que, consumiendo tanto y más de lo que produce, resulta completamente improductivo: al contrario, la virtud es el único medio de conservación; el único medio que nos proporciona ahorros. Para ahorrar, es indispensable la sobriedad, de suerte; que si todo el trigo, todo el aceite y demás artículos que el trabajo puede proporcionarnos, los gastais en beneficio vuestro, no os quedará el menor caudal, porque no os resultará producto alguno. Así, pues, se necesita ahorrar: las economías producen en todos sentidos el caudal; de modo, que hasta en el orden intelectual, es preciso ahorrar el trabajo y la actividad de las facultades mentales. La demencia no es más que la súbita sustracción del ejercicio de nuestras facultades intelectuales, de los talentos, del caudal intelectual.

Lo propio sucede con la virtud: no basta adquirirla; es preciso conservarla por medio de la práctica y de la perseverancia. Así es, que cuando un hombre, en todos sus actos, se rige por los deberes de la justicia y de la verdad, emplea en bien todo lo bueno, útil y justo; emplea en bien todas las virtudes que ha adquirido; las conserva y las guarda en depósito; y usándolas con arreglo, asegura su perpetuidad.

De esta suerte, hermanos míos, se adquieren todos los caudales físicos, intelectuales y morales; la virtud los produce, la virtud los conserva. Pero ¿se reduce á esto por ventura el deber de todo hombre civilizado? No; pues el que solo adquiere capitales para sí, es un egoísta. Si este caudal, empero, lo reunís para haceros más agradable la vida, para hacer frente á las eventualidades de la vida sembrada de peligros y azares, solo revelareis una civilización puramente humana; y digámoslo de una vez; no hay civilización humana, que pueda hacer á todos los hombres partícipes del caudal material y del intelectual, aunque todos pueden tener participación en el caudal moral. La pobreza es el grande escollo de la civilización puramente humana.

Como, empero, de todos modos es necesario un caudal para vivir, y la mayor parte de los hombres están condenados á no tenerle, la gran mayoría, las tres cuartas partes de la humanidad no sabrían de qué vivir, pues no hay civilización alguna que pueda dar á todos una verdadera propiedad material, ni intelectual. Todos pueden instruirse,

más ó ménos, y aun se les puede obligar á ello por medio de la ley; pero ¿constituirá esto por ventura un verdadero caudal intelectual? La naturaleza humana, ó sea, la inmensa mayoría de los hombres, está condenada á carecer de las dos primeras clases de caudales; y esto os demuestra claramente, que la civilizacion humana es una civilizacion incompleta, si no se funda en la adquisicion de caudales: *Facite vobis thesauros*. Adquiríos caudales intelectuales y morales, que no son limitados por el espacio ni por el tiempo; pero adquirid caudales materiales ilimitados, que pueden proporcionar el sustento á todo el mundo; adquirid caudales intelectuales, que puedan proporcionar la ciencia á vuestros semejantes; y para esto recordad que en el bautismo se os dió el gérmen de esta riqueza.

En la historia, el caudal intelectual de todos los pueblos y de todos los hombres es la fe; y la fe es tambien el caudal material de todos los pueblos y de todos los hombres. La fe nos ha dado á conocer, no solo el curso de los astros, sino tambien la ley que les ha dado el Señor; nos ha dado á conocer la ciencia de lo finito, tomada del seno de lo infinito. Si yo conozco y veo á Dios, no sustancialmente, sino en el secreto de su propia idea, en sus designios y operaciones; ¿qué me importa que ignore la ciencia de lo finito? ¿qué importa que yo no sepa como se compone y descompone el polvo, y otros secretos de la química, de las cosas creadas, si conozco los secretos de la química divina? ¿qué importa que yo no conozca todas las consecuencias, si conozco el principio supremo, el principio único, que está en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¿Qué me importa que yo no posea nada en este mundo, si en otro superior, que no tiene oriente ni occidente, septentrion ni mediodía, poseo espacios, que carecen de límite, como dice la Sagrada Escritura? Soy rico, porque tengo disponibles mis brazos; comeré mientras pueda cultivar la tierra, y cuando no pueda, me sustentaré del caudal de la caridad. En la sociedad humana hay otros brazos, que trabajarán por los míos. Yo no calculo el tiempo ni los años como un hombre rudo; pero por un opuesto camino consigo el propio objeto, y adquiero una ciencia sobrehumana; en mis trabajos, sudores y sufrimientos me abandono á la providencia de Dios, cuyos tesoros son inagotables; á la providencia de Dios, que cuida de mi existencia, hasta el punto de que no se arranca siquiera un cabello sin que él lo disponga.

Ved aquí el caudal de la ciencia universal; la fe, la esperanza, y la caridad, que establecen entre los hombres comunicaciones que los consuelan. Tal vez, hermanos míos, llegue á faltaros un día el pan, que os sustenta; acaso os veais privados de la libertad, y

quizás se os quite con violencia la vida. Precisamente en nuestros tiempos, sembrados de vicisitudes, nadie puede asegurar cuál será su porvenir; pero en vida y en muerte, en la riqueza y en la miseria, podreis disponer constantemente de un tesoro; el tesoro de la fe, por medio del cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os comunicarán todas sus riquezas; tesoro que pondrá la cruz en vuestras manos. Teniendo en frente las adversidades y á Jesucristo, depondreis todo temor, pues, cuando se abraza la cruz, y se cree en ella, se puede hacer frente á todas las contrariedades y sufrimientos, y vivir, no solo con tranquilidad, sino con una satisfaccion precursora de la que nos espera en el otro mundo. Amen.

CEGUEDAD ESPIRITUAL.

I.

Ducam cæcos in viam, quam nesciunt.

Guiaré á los ciegos por un camino que no saben.

(Isai. LIII, 16.)

No hay materia sobre la cual se haya explicado la Escritura con términos más diferentes, y aun muchas veces más contrarios, en la apariencia, que sobre la ceguiedad espiritual. Porque ya la atribuye á la malicia de los hombres: *Excæcavit illos malitia eorum*. SAP. II, 21. Ya á castigo de Dios: *Excæca cor populi hujus*. ISAI. VI, 10. Ya al demonio, á quien llama el Dios del siglo: *In quibus Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium*. II. COR. IV, 4. Unas veces se lamenta de esta ceguiedad interior, como de una desgracia; y otras la detesta como delito. Unas veces la toma por excusa: *Dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*, LUC. XXIII, 34, y otras por materia de